



La poesía reciente de Joseba Sarrionandia

Se presenta aquí una selección de poemas escritos por Joseba Sarrionandia. Son muy recientes, y tres de ellos acaban de brotar de la pluma del autor, escritos expresamente para esta ocasión.

El primero *Tiempo de comer cerezas*, es el más antiguo en orden de creación. Lleva en su inicio una estrofa del conocido cancionetista parisino Jean Baptiste Clément (1836-1903), cuya fama fue creciendo sin parar una vez ya muerto, precisamente gracias a la canción llamada *Le Temps de cerises*, que tantos artistas cantaron. Si analizásemos los dos textos, observaríamos diferencias palpables. En el texto de Clément existe la añoranza por un tiempo apasionado, corto, que llega y transcurre rápido, un tiempo en el que se sufre, su sufre por amor, un amor que produce tristeza; un tiempo que así como ha llegado se ha de ir inexorablemente, pero que una vez ido no se olvidará jamás, lo que propicia el deseo de su regreso, el retorno del tiempo de las cerezas. En *Tiempo de comer cerezas*, por el contrario, se habla de ese tiempo ya llegado, cuando la espera ya se ha cumplido, pero con la particularidad, y al mismo tiempo la decepción, de que esa espera no ha valido la pena. No se ven las cerezas por ninguna parte, el resultado, el fruto no se aprecia. Habrá que plantar cerezas, se nos dice en el texto. Habrá que intervenir directa y activamente, se nos dice. No será suficiente con quedarse esperando. Si uno se queda esperando sin hacer nada puede que el tiempo de las cerezas no llegue nunca. Es decir, depende de nosotros que llegue ese tiempo tan deseado, es nuestro turno ahora, tenemos que intervenir. Si no, nunca llegarán los frutos. Y no se refiere, por supuesto, a los frutos del amor. O por lo menos, no solamente a ese tipo de frutos.

En el poema denominado *Vergara 1838* el título nos remite directamente a un tiempo pasado, al final de la primera guerra carlista y al llamado abrazo de Vergara entre el general carlista Maroto y el isabelino Espartero. Abrazo que, no hay que olvidarlo, tanta decepción y desilusión supuso en el ánimo de muchísimos vascos. Hay mucha literatura que refleja lo que supuso esa decepción y en la memoria de muchos quedan todavía ecos de las estrofas de famosos bertsolaris que cantaron esa situación. Pero en este poema Sarrionandia no se adentra en la parte histórica del asunto, sino que haciendo un quiebro sube un peldaño para interesarse por la parte ética del mismo. La justicia se puede convertir, se convierte de hecho, en injusticia. La injusticia, devenida rutina, hecha normal, se convierte en justicia, aparentemente. Y ya será algo admitido, aceptado. Es crimen hecho legalidad. ¿Culpables? Todos. Todos aceptan, al final, ese “esquema del crimen”, nadie hace nada por enmendarlo, nadie ha tenido hasta ahora la imaginación requerida para cambiarlo.



El siguiente poema, *Gorozika 1937*, comienza con gran fuerza expresiva. Es un acierto ese “Por fortuna no eres tú”, ya que se dirige sin más preámbulos directamente al lector, dando al texto gran fuerza dramática desde su inicio. Visualmente el poema va ganando en plasticidad, hasta terminar con esos últimos versos con los que el lector puede completar la escena como sacada de una película de intriga, con ese goteo de sangre que va cayendo desde los agujeros producidos por el disparo en el techo del caserío. El lector no sabe de qué o de quién es esa sangre, solamente que por aquel caserío han pasado milicianos, dejando su rastro por doquier. Eso nos lleva a la guerra civil, tal y como apunta el título; el lugar, esa aldea de Bizkaia. Podría ser una escena de una película, no necesariamente histórica, en donde la intriga, el misterio quedan colgando, en suspenso, en el punto más alto. El lector debe componer una historia, debe completar los datos que le faltan y debe, en suma, inventar un final.

También en el poema llamado *Problemas* más de un lector puede relacionar lo que en él se cuenta con la escena sacada de una película. En un momento dado, en el poema, se habla de una escena de cine, y al final se menciona el comienzo de un thriller. Hay un fuerte matiz de intriga, de suspense, con una descripción detallada de una situación que luego vemos que comienza a repetirse, que se irá repitiendo. Ahí, en esa parte del poema el juego literario hace un guiño y la estrofa se hace cadena, se hace repetición, el “yo” al que alude el poema se convierte en engranaje de esa cadena que puede ir girando y repitiéndose *ad nauseam*. Esa cadena, convertida en problema, parece no tener solución; siempre habrá, por lo visto, uno que cae, pero también siempre habrá uno que ayude. ¿Hasta cuándo así? ¿Será una cadena sin fin? ¿Por siempre?

El poema denominado *Nueve tazas de té en el desierto de Sahara* me remite a la obra y me hace recordar inmediatamente el mundo descrito en algunos libros de Paul Bowles. Se trata de un texto basado en una estructura de estrofas giratorias, repetitivas, en donde hay un elemento que cambia mientras todos los demás permanecen inalterables. Es un poema lúdico, de gran fuerza magnética, basado en la tradición de la literatura oral, de diversas culturas, y que en su parte más fácil y festiva desembocó con mucho éxito en textos y canciones del mundo infantil. Una taza de té puede ser amarga, tierna o dulce, como la vida, el amor o la muerte. Al leer este texto me he acordado inmediatamente de una canción de *Sting*, interpretada con su grupo *Police*, en donde se nos recuerda que una taza de té en el Sahara se nos puede llenar inmediatamente de arena.

¿Somos nosotros los que forjamos nuestra fortuna? ¿Y nuestra desgracia? ¿Lo podemos impedir de alguna forma? Preguntas que se plantea el lector tras haber leído el poema titulado *Los pingüinos*. Unidos sí, pero inoperantes, inútiles, así se encuentran ellos, quietos, al borde del precipicio. No tienen el arranque ni la capacidad que se precisa, no saben encontrar los recursos necesarios para resolver la adversa situación. Pero es que son ellos mismos los que impiden que haya solución al problema. “No consentimos que ninguno de nosotros pudiera volar”.

Eterno problema, el paso inexorable del tiempo, la imposibilidad de evitar los estragos causados por el incesante transcurrir del tiempo. ¿Somos todavía aquel que fuimos una vez? No, definitivamente, no. Entonces, ¿quiénes somos ahora? ¿Y qué queda de aquel que una vez fuimos? Somos otros. Eso es lo que nos quiere recalcar el poema llamado *Otros*. Y ese transcurrir del tiempo, ese cambio que no cesa, es una cadena incesante, una rueda sin fin, porque es desde siempre y hasta nunca. Todo cambia en esta vida, dijo aquel clásico, lo único que no cambia es el cambio. Y este cambio que hace que uno sea otro por el mero transcurrir del tiempo, puede ser raro y triste, como se dice en el poema, pero podría ser también bueno, aunque no se diga en el poema y, desde luego, es inevitable.

Thriller: parece la escena de una película, aunque la situación que describe el texto comience precisamente a la salida de un cine. En la oposición cine/ficción-realidad/vida, parece que los papeles estuvieran cambiados en este poema. Lo que tendría que ocurrir dentro del cine, en la película, ocurre en la calle, en la vida, en la realidad diaria. Aquí, el tiempo se ha enfadado, no está para bromas, y actúa en consecuencia, como un matón de cine de película de segunda. Actúa sin miramientos: “se te acabó la cosa”. El yo del poema, esa primera persona, se identifica con el lector. Entonces la cosa cambia ya, esto sí que es thriller auténtico: no le queda más de un segundo de vida. El lector ha levantado las manos cobardemente.

